Alumno: MIGUEL ARTURO TACILLA SAN MIGUEL

(Deberías justificar los márgenes de los párrafos)

Según Santuc, la modernidad rompe con la creencia del ser humano como ser intermedio entre lo divino y lo terrenal, y en vez de eso, lo deja suspendido en un mundo sin jerarquías que en realidad estaba regido bajo leyes autónomas. Esto será determinante para marcar nuevas posibilidades para percibirse y organizarse. (p. 102) (Es mejor colocar la referencia completa, con año de edición revisada) GÉNESIS MODERNO: El autor explica que, en la edad media, el ser humano consideraba lo celestial como inmutable y perfecto; y lo terrenal, una muestra de la existencia de un Dios creador. Otras culturas del mundo (asiáticas, africanas, americanas, etc.) tenían sus propias cosmovisiones con diferencias particulares, pero se puede marcar una intersección con la occidental en la “visión simbólica del mundo”, es decir: que perciben al ser humano como “parte de un todo sensato”. El mundo humano estaría inscrito entonces en complementariedad con otros mundos como el animal o el vegetal (p. 103). Para Santuc, el renacimiento y la modernidad suponen una ruptura de esas visiones dentro de la cultura occidental. Al ocurrir en Europa, desde donde luego se empezará a colonizar el mundo, el autor señala que ocurrirán dos cosas: se generalizará esa visión europea del mundo y se mundializará eso particular europeo (p. 104). Desbaratada la unidad del mundo simbólico medieval por la modernidad europea, el ser humano quedará distanciado de la “madre naturaleza” y dejará de percibirse a sí mismo como un elemento del cosmos perfecto (p.109). Esto va a significar un cambio de fundamentos y el girar hacia nuevas cosmovisiones. Leonardo DaVinci se anticipa y parece anunciar ese giro que occidente está dando hacia el conocimiento que emana de la experiencia y la observación de los fenómenos (p. 113), es este conocimiento el que luego desencadenará a la modernidad. RECONFIGURACIÓN DE LA REALIDAD: Esa Europa, que empezará a efervescer en descubrimientos, será el escenario donde las nuevas tecnologías supondrán todo tipo de nuevos problemas para los filósofos. Aquellos descubrimientos volverían obsoletos los viejos paradigmas y, por ello, se pretenderá entender las que entonces serían las “verdaderas” fuerzas que someten la realidad. En ese afán por entender y explicar con exactitud lo que pasa, surgirá “una relación nueva entre las matemáticas y las prácticas empíricas” (p. 116). El cosmos entonces empezó a ser entendido como una máquina con cierta regularidad en sus mecanismos y que, por lo tanto, aquellos podían ser medidos y entendidos (p. 117). En una suerte de dominó exponencial, aquellas máquinas autómatas y pequeñas brújulas terminarían por derribar fichas cada vez más grandes de lo que pensábamos era la “realidad”, incluso hasta lograr “mover” a la tierra del centro de los planetas y colocar en su lugar al sol, como bien advirtió Copérnico. “En la nueva perspectiva, el hombre se encuentra expulsado del «cosmos», ahora él ya no es su centro y se encuentra perdido en el juego de las leyes de una naturaleza anónima” (p. 119), “El universo, gran máquina infinita y ya no «cosmos limitado», es sordo a la música del hombre, indiferente a sus esperanzas, a sus sufrimientos y a sus crímenes” (p. 121). En medio de este “nuevo” mundo de leyes abstractas, se marcará el inicio de una nueva cosmovisión donde el concepto de producción será lo que se posicionará como centro otorgador de significado para el ser humano sobre sí mismo (p. 122). El ser humano se empezará a entender como alguien que no se conforma con la naturaleza que habita, sino que la organiza, ordena y hace funcionar para que produzca y, así, alcanzar el regocijo (p. 123). EL DIOS TRABAJO: El primero en notar que el ser humano es un animal trabajador y productor será Hegel. Él será el primero en trazar esa línea que conecta la cultura moderna occidental y la producción. Es notoria la manera en que el ser humano occidental y moderno se autopercibe realizado solo cuando trabaja y produce, en contraste con los de la antigua Grecia que se percibían libres sólo cuando se liberaban del trabajo. En la modernidad, el trabajar ha conseguido un lugar cada vez más sagrado dentro de nuestras cosmovisiones. “La nueva visión moderna del trabajo representó un cambio enorme y todavía seguimos viviendo bajo esa misma concepción” (p. 125). Así, el individuo moderno occidental, es entrenado desde pequeño para ser calculador y racional, y así insertarse plenamente en su sistema devoto de la producción. Ya no se encuentra este en la “naturaleza madre” y, en vez de eso, vive en una realidad artificial dependiente a la mecánica productiva (p. 130). En medio de esto, el saber se ha transformado en la fuerza de producción principal, no solo cambiando la forma en que organizamos el trabajo, sino además y sobretodo la manera en que entendemos y empleamos la palabra “trabajo”. Las nuevas tecnologías de las que disponemos para aliviar nuestro trabajo físico y mental, que se distanciaron ya del ser simples herramientas o máquinas y empezaron volverse robots e inteligencias artificiales, nos dejan en un espacio y momento en donde nadie sabe cómo conducir exactamente el vehículo en que avanzamos (pp. 131-132). En la actualidad el ser humano “se ha tornado en un mero factor de producción” y, esa sensación de ser independientes de la naturaleza, habría sido siempre ilusoria según Foucault que, además, sugiere deberíamos resignarnos al mundo desencantado y atrapado en la modernidad; pero, para otros pensadores como Heisenberg, ese desencanto sería una nueva salida poder volver al conocimiento que poseemos y que emana de nuestro irremediable vínculo con la naturaleza (pp. 141-142). Santuc entonces señala que necesitamos romper con esa cosmovisión que entiende a la naturaleza como una máquina y al humano como un productor (p. 143). DE LO MECÁNICO A LO POSMODERNO: Regresando a la transición entre la premodernidad medieval y la modernidad, resalta el perfil de Maquiavelo quien, en ese tiempo donde se pensaba que Dios ordenaba el mundo, notó y se atrevió a afirmar que los príncipes no tenían su poder por voluntad divina. Así, pretenderá distanciar lo político de lo religioso, dando lugar a “una observación de la realidad político-social que pretende ser objetiva” (p. 146-147). Incluso desde dentro de la misma religión se cuestionará a la realeza como realmente divina por derecho (p. 148). Pasará el tiempo y Rosseau propondrá reemplazar lo artificial del orden premoderno que se sostenía en lo divino, por otro orden sostenido también en lo artificial, pero ya no de lo asumido como divino, sino de lo nacido de la autonomía humana (p.149). Esto catapulta a todos los seres humanos modernos hacia una libertad carente de destino y que resulta en un vórtice que se define una y otra vez; por lo mismo, los órdenes resultantes son frágiles y necesitan ser construidos permanentemente (p. 150). Ya no son las cosas como deberían ser sino que, en cambio, son como hemos decidido que sean. O al menos eso pensamos. Por otro lado, la modernidad va a significar también una ruptura entre lo económico y lo político. Los fisiócratas serán los primeros en advertir de que los fenómenos económicos se regían bajo un orden natural. Resaltará, en ese contexto, un término acuñado por Adam Smith: La mano invisible (p. 151). Tanto en el caso de la religión y la política, como en el de la política y la economía, podemos contemplar la estridencia con la que se rompió la relación entre el hombre y la naturaleza: donde el primero pretende distanciarse de la segunda entendiéndose ajeno a la misma, pero a la vez pretendiendo dominar sus mecanismos para ponerlos a su disposición. En medio de todo esto, será la economía la que se posicionará como condicionante sobre la manera en que se dispondrá la pluralidad de los demás mecanismos (p. 152); la política dejará de ser relativa solo a soberanías nacionales y, en vez de eso, se verá “limitadas por el internacionalismo de los conocimientos y de la economía” (p. 154). Todo esto hace que sea difícil imaginar que, con las doctrinas y prácticas que conocemos hasta ahora, sepamos cuál es la forma en que se frena este vehículo en el que avanzamos descontroladamente. La posmodernidad que habitamos emana desconfianza por la razón, los grandes relatos que prometían progreso parecen expirados. La razón queda así desnutrida y debilitada ante la amenaza de revigorizados fundamentalismos (p. 154). ¿EL SER MECÁNICO?: Por otro lado, Freud abrirá una nueva manera de conocer al ser humano al deslindar de la dualidad propuesta por Descartes (sometida a mecanismos) y replantear al ser como espiritual y corporal a la vez (p. 161). Al mismo tiempo, el individuo ya no se piensa como una totalidad ya construida que se relaciona con los demás, en vez de eso se construye en sus relaciones con los demás; esto muestra a un ser humano en evolución permanente, es decir que el ser humano vive en un constante génesis toda su existencia (p. 162). El lenguaje será la “institución singular” en la que se da nuestro proceso de humanización, donde recibimos nuestra tradición y deber que, a su vez, están sujetas al contrato sagrado de un determinado grupo humano (p. 163). Aun así, el lenguaje consciente no pasaría de ser “un deseo anónimo que se desarrolla por debajo de la ley, de las normas de la comunicación” (p. 168). Para Foucault el lenguaje “adquiere un ser propio y es ese ser el que detiene las leyes que lo rigen”, es decir que se asume al lenguaje como autónomo y con mecanismos propios (p. 168). Winnicott, por otro lado, habla de cómo, por ejemplo, la forma en que una madre desteta a su hijo determina las posibilidades que este tendrá en su desenvolvimiento cultural e institucional (p. 171). Entonces ¿existimos más allá de las estructuras? ¿Existe un ser humano abstracto de estas? ¿Podemos ser libres realmente si tantas cosas someten al qué o quiénes somos? Tal vez el poeta Saint Exupéry nos da una buena pista cuando afirmaba que nos alojamos en nuestros actos, y que eso somos nosotros. Santuc nos invita a no tenerle miedo a este entrampe pues “La libertad no es tal sin las raíces que desarrolla en el mundo” (p. 174). La “naturaleza humana” suele ser entendida como instintos, y dentro de estos la razón pensamos nos diferencia de los animales. Cosa cuestionable. El ”ser humano natural” sería un concepto que usamos para pensar a un humano abstracto del haber nacido en comunidad; un sin noción de bien o de mal; amoral antes que inmoral; un animal en el paisaje de la naturaleza que se desenvuelve a merced de sus impulsos y necesidades; un humano ficticio ya que no puede existir más allá del concepto que usamos para imaginarlo; eso es un “ser natural”, un ser que existe sólo como un concepto inventado en un intento por entendernos a nosotros mismos (p.175). REFLEXIÓN PERSONAL: Antes me he cuestionado también el qué tan libres somos si de tantas cosas externas a nosotros depende el quiénes somos. Este texto me ha ayudado a notar que estas cosas, en realidad, son bastantes más de las que imaginaba. Me surgen dos reflexiones: por un lado noto que somos una suerte de títeres sostenidos de miles de hilos que se jalan desde diferentes partes y que, en buena medida, no somos capaces de cortar y, por lo tanto, tampoco nos permiten ser “plenamente libres”; aún así (,) también pienso que, a pesar de eso, sí podemos aspirar a la libertad que emana del hacernos conscientes de tales hilos y entender qué cosas de lo que queremos las queremos realmente y cuáles son en realidad solo hilos jalando de un lado u otro. En ese segundo punto entraría a tallar esa cita de Saint Exupéry donde sugiere que nos alojamos en nuestros actos: El reto, en todo caso, estría en saber cuáles son y cuáles no nuestros actos para, de esta manera, poder hacer nuestro el actuar.

¡Muy Bien!

Nota: 16